

EL PAIS DE LAS LETRAS Y EL SEÑOR ESTUDIOSO

Erase una vez un pequeño país que existió hace muchos, muchísimos años, cuando había gigantes, y magos, duendes y hadas, en la época en que los animales y las letras hablaban. Se llamaba el País de las Letras. Era un país con pocos habitantes, y todos vivían en una ciudad rodeada por verdes campos, entre altas montañas y prados salpicados de alegres flores de colores. Los bosques les daban sombra cuando el sol le enviaba demasiado calor; unos riachuelos saltarines les proporcionaban agua fresca para beber y lugar donde jugar y refrescarse mientras chapoteaban y mojaban a los que se habían quedado en la orilla. A veces trataban de cruzarlos, saltando de piedra en piedra con cuidado de no resbalarse.



En el país vecino vivían los gigantes, que, como todos los gigantes, eran altísimos. Les gustaba divertirse, pero, cuando se enfadaban, tardaban mucho tiempo en recuperar el buen humor. Pisaban el suelo con tanta fuerza que retumbaban una y otra vez las campanas del País de las Letras, como en los días de fiesta.

Un día llegó al País de las Letras un señor bajito y simpático, cubierto por un sombrero y con unas gafas que le daban aire de personaje sabio. Y así era... , pues este señor tenía muchas ganas de descubrir y aprender cosas nuevas; por eso siempre llevaba un lápiz y una libreta en la mano en la que apuntaba todas las maravillas que iba descubriendo a lo largo de sus viajes. Pero de todas las cosas nuevas que iba aprendiendo, lo que más le gustaba eran las historias que escuchaba. "Algún día me olvidaré de todos los cuentos que me han contado", pensaba muy preocupado. "Tengo que encontrar la manera de recordar todas las historias".

Con esta idea en la cabeza, el sabio llegó al País de las Letras.

Paseó por las calles de la pequeña ciudad, observó las costumbres de sus habitantes y se asombró de la forma que tenían sus cuerpos y de la forma de comunicarse. Todos eran distintos y hablaban de forma diferente.

Enseguida se dio cuenta de que, cuando iban varios juntos y hablaban se oían palabras como las que se decían en el país del señor Estudioso.

Pesó que, si dibujaba sus cuerpos y aprendía su forma de hablar, podría escribir por fin todos los cuentos y, de ese modo, no los olvidaría. "Así, también los niños podrían disfrutar leyendo todas las historias", pensaba lleno de satisfacción. El señor Estudioso se puso manos a la obra. Sin perder tiempo se dirigió al castillo para que los reyes le autorizasen a llevar a cabo el proyecto. Sus majestades aceptaron encantadas.

El señor Estudioso dibujó uno a uno a todos los habitantes del País de las Letras, aprendió sus sonidos y los hizo famosos en el mundo entero. También fueron muy conocidas las aventuras sucedidas en este país.

LA FAMILIA REAL

La familia real está formada por: El rey U, que es muy fuerte, y está mas bien gordito, porque le gusta mucho comer, sobre todo las uuuuvas. Es muy amigo de un animal que siempre va con él, es un lobo, que siempre dice uuuuuuuu.

La reina A, es alta y alegre,. Sus flores favoritas son las amapolas y casi siempre tiene un brazo doblado para llevar un gran cesto de estas flores. Siempre va con su aaaro para hacer gimnasia y mantenerse en forma.

Los reyes se encargan de que su país funcione bien, son muy queridos por los habitantes de su país.

Tienen dos hijas y un hijo:

La princesa I, es la más delgada de toda la familia real, nació pequeña y delgadita, algunos alimentos le sentaban mal y siempre estaba llorando iii...iii... Lloro tanto que las hormigas se esconden cuando ella llega para no morir ahogadas. Es muy delicada para comer y no le gusta apenas nada, así que continua siendo delgada. La princesa I tiene una iiiiiiguana que es su amiga y con la que le encanta jugar.

La princesa O, es la hija mayor de los reyes, se parece a su mamá, redonda y gordita, es inteligente, trabajadora, formal.. disfruta comiendo los dulces que prepara su mamá, pero luego tiene cuidado de lavarse los dientes para que no se les piquen. Su juguete favorito es un ooosito de peluche. También le gustan mucho los juegos de mesa, como la ooca. Como es la mayor cuida de sus hermanos que son muy traviosos y siempre se están metiendo en líos, se llevan muy bien los tres.

El príncipe E, es el segundo hijo de los reyes, es el más travioso, siempre lleva los pelos revueltos. Es muy curioso y despistado, siempre está preguntando ¿eh?.

Su mejor amigo es un eeeelefante que le regalaron, siempre está jugando con él. Cuando sus hermanas le pedían montar en el elefante, él se hacía el despistado para no dejarlas subir, hasta que su padre le advirtió que si no jugaban juntos regalaría el elefante a un circo, y no tuvo más remedio que dejarlas subir.

El elefante les hace de tobogán para bajar a la piscina, los ducha con su trompa, en fin se lo pasan muy bien los tres juntos.

También tiene otro amigo el príncipe E. Es un eeeerizo con el que una noche se pinchó el pie, porque al ser tan despistado no lo vio.



EL PELUQUERO P QUE LUEGO FUE PANADERO

Uno de los problemas que preocupaban a los reyes del País de las letras era que en su país no había peluqueros

Pidieron voluntarios y se ofrecieron varios para realizar el trabajo, pero lo hacían tan mal que duraron muy poco tiempo. El último que se presentó fue el señor P; empezó su trabajo y todos salían muy contentos: lavaba, peinaba y cortaba el pelo y además cobraba poco dinero.

Un día el señor P había dormido poco y estaba algo despistado, entró una señora a rizarse el pelo y se lo cortó tan corto, tan corto, que casi parecía calva ¡Qué disgusto el de la señora! Lloró, se enfadó, gritó, pero aquello no tenía remedio. Otro día fue un señor a cortarse el pelo, pero él se lo rizó como a una señora y le preguntó si quería que le hiciese un moño. ¡Huy!, Aquel señor salió corriendo de la peluquería y no volvió más.

Como no dejaba de tener despistes, los reyes sugirieron al señor P que dejase la peluquería y buscase otro trabajo. El señor P pidió ppperdón y se fue a su casa.

Habló con su familia, y le convencieron de que lo mejor para que le perdonasen, era que pusiese una ppppanadería-pppastelería.

El señor P lo estuvo pensando, habló con los vecinos y ellos le animaron también. Dicho y hecho, empezó a hacer pasteles y todos le decían que eran riquísimos y baratos.

Por las mañanas, a la hora del desayuno, el señor P iba al castillo a llevar a la Familia Real los bollos recién sacados del horno. Muchos días le encargaban también una tarta para el pppostre, o ppporras, pppicatostes. Cuando llega al castillo, habla un poco con cada uno para enterarse de lo que le gusta más. Son tan parlanchines que cuando se juntan hablan todos a la vez. Cuando hablan todos juntos dicen cosas que se entienden, como papa, pío, pupa, pipa, y otras muchas. Si al panadero le acompaña su mujer, aún dirán muchas más. Pronto la conoceréis y hablaremos con ella.



EL LECHERO L

Gracias al lechero L, los niños del País de las Letras crecían sanos y fuertes, porque la leche es un alimento muy importante. Nuestro llllllechero, señor L, hacía mantequilla con la leche que le sobraba y se la vendía al señor P (el pastelero), a la doctora le llevaba batidos para que se los recetase a los niños enfermos, y hacía queso para vender, porque es muy nutritivo y pone a los niños muy fuertes.

Todas las mañanas el lechero se levantaba muy temprano para ordeñar las vacas. La leche la ponía en las lecheras y la llevaba con un carro por la ciudad.

Al llegar cerca de la casa de sus clientes, gritaba: ¡llllllechero, vendo rica leche! ¿Quién quiere comprar leche?...¡llllllechero! La gente dejaba sus trabajos y salían a la calle a comprar la leche necesaria para su familia.

Los reyes hacían lo mismo porque también necesitaban leche para sus hijos. A la princesa O y al príncipe E les encanta la leche fría, la toman como el agua a la hora de comer. La princesa I sólo tomaba medio vaso, porque como es tan delgada enseguida se llenaba.

Con ella les hacían ricos flanes, natillas con bizcochos o chocolate para mojar los picatostes que el panadero P les llevaba cada mañana. Hasta la princesa I se alegraba cuando sus padres preparaban aquellos deliciosos postres.

El príncipe E, tan travieso como siempre, un día quiso llevar la pesada lechera que el señor L había dejado en el jardín. Cuando ya había conseguido levantarla bastante, tropezó y se cayó, y con él la lechera y la leche. Parecía que se había dado una ducha de nieve, con toda la leche por encima. ¡Estaba tan blanco!

Un perrito que había por allí se acercó a beber la leche y a lamer la ropa de nuestro amigo. El travieso E. Como siempre, acabó en la ducha. Tuvieron que ponerle ropa limpia. El rey U pagó la leche que se había caído, pero luego el príncipe tuvo que ir devolviendo poco a poco lo que valía la leche derramada, quitándolo de sus propinas.

Normalmente, cuando el lechero terminaba su trabajo, se iba al huerto a coger llllechugas, que le encantaban en la ensalada. Un día se llevó de paseo a las vacas. Las dejó a la orilla del río pastando hierba fresca, pero, cuando se dio cuenta, ya las tenía dentro del huerto comiéndose las lechugas, así, solas, aunque no estuvieran en ensalada. No pudo enfadarse, pues la culpa era suya por no tener más cuidado. La próxima vez las dejaría atadas para que no hiciesen travesuras.



LA SEÑORA DE LA MONTAÑA, LA M

La señora M, que es la mujer del panadero, vivía feliz con sus dos hijas gemelas en la ciudad. Un día decidió ir a dar un paseo al campo, cerca de un espeso bosque que había al lado de las montañas. Después de comer, la señora M resolvió subir a lo alto de la montaña para ver el paisaje. Mientras observaba todo, le pareció ver una flor que volaba, comenzó a bajar la montaña y aquello que parecía una flor se le posó en el hombro, era una mariposa de bonitos colores.

Al llegar abajo, decidió ir a palacio a enseñarle a los reyes la mariposa. Pero sí, sí... ¡la que se armó!

Los gigantes que estaban jugando con los niños en el País de las Letras, al ver a la señora M con la mariposa gritaron asustados. Todos miraban y no sabían qué pasaba. Salieron corriendo y a su paso destruían todo lo que encontraban ¿Sabéis por qué? Porque los gigantes tenían un miedo terrible a las mariposas y se volvían como locos. Los gigantes creyeron que lo habían hecho para asustarlos y se enfadaron muchísimo y amenazaron con destruir a aquellos que se atrevieran a pasar a su territorio.

Los reyes avisaron que nadie debía caminar nunca hacia el País de los Gigantes porque el mago Catapún, su rey, estaba siempre alerta.

Los reyes mandaron plantar muchísimos árboles, muy altos, que rodeasen y protegiesen el País de las Letras. Entonces el mago Catapún ordenó a los gigantes que soplasen fuerte, fuerte, con su gran boca, por entre los árboles y que mandasen un viento de los más fríos del invierno. Así las letras enfermarían y, a lo mejor, morirían.

Los reyes ordenaron que nadie mirase hacia el País de los Gigantes, para evitar los catarros, las anginas y las pulmonías, casi todos obedecieron, menos una letra que no se había enterado de la prohibición (otro día la conoceremos). También pidieron que saliesen por la noche, para que no pudieran verlos, pero se daban cada coscorrón...

Pensando, pensando, hallaron una solución: que todos se vistiesen con trajes blancos, los gigantes creyeron que todas las letras habían muerto y que lo que veían eran fantasmas.

Los reyes mandaron a la señora M a vivir a la montaña para que desde allí vigilase a los gigantes, y también si veían algún incendio, ella aceptó encantada el trabajo de vigilante y guardabosques, porque le encanta vivir en el campo y también los animales y pensó que viviendo en la montaña, podría tener unos cuantos para cuidarlos.

Como a toda la familia le gustaba tener animales decidieron construir una cerca y comprar un perro pastor. Todos los habitantes del país colaboraron en la construcción de la cerca, cogiendo árboles caídos o cortando los que podían talar sin hacer daño a los demás y luego plantaron tantos árboles como habían cortado.

Compraron una vaca, tres ovejas, dos corderos y tres cabras, al perro le pusieron de nombre Chispa, porque no paraba de saltar, era muy listo y enseguida aprendió su oficio.

Pronto pudieron ordeñar los animales y hacer queso, mantequilla, yogures.



LA SEÑORITA DEL SILENCIO S

Un día llegó un circo al País de las Letras. El primer día fue gente a ver el circo, pero no demasiada, al día siguiente, fue menos gente, y al siguiente menos.

El director del circo pensó que sería su ruina, así que organizó un desfile para que todo el mundo supiera cuántas cosas divertidas tenían en el circo y fuesen a verlo.

Organizaron un desfile lleno de color y de música. Las trompetas iban delante, los tambores detrás, les seguían los platillos.

Como si no fuera bastante un empleado del circo, vestido de manera extravagante, gritaba todo lo que podía, diciendo: "Vengan, señores, vengan a ver el maravilloso circo Rojo-Azul. Podrán contemplar leones, tigres, elefantes gigantescos, focas amaestradas, perros equilibristas, divertidos payasos, arriesgados trapevistas. A todo este jaleo se unió el griterío de la gente que acudía a presenciar el desfile.

El rey U estaba en su despacho leyendo el periódico. Al oír la primera trompeta, se llevó tal susto que se le cayeron el periódico y las gafas y, con el sobresalto se dio un golpe con la mesa. Cuando reaccionó, salió disparado preguntando qué sucedía.

Le explicaron que era un desfile del circo y se enfadó muchísimo por armar tanto jaleo mientras la gente trabajaba, porque trabajar con tanto jaleo es muy difícil.

¡Que se callen inmediatamente! –dijo. Pero nadie le oía con tanto jaleo. Tuvo que esperar que terminara el desfile para buscar una solución al problema. Pidió que todas las personas de su reino fuesen al palacio para ver quien podía hacer mejor el trabajo de guardián del silencio. Para eso necesitaba oírles hablar.

Después de escucharlos el rey dijo: "La señorita S será desde hoy la responsable del silencio. En realidad, cuando habla, ya está mandando callar, ssssss...ssssss...ssssss. Además, se pondrá un dedo en la boca; así si alguien no la oye, la verá.

Toda la gente, y también los que venían con el circo, decía que el trabajo de la señorita S era muy importante. Desde aquel día había tanto silencio y tranquilidad que todos trabajaban mucho y bien.

Algún tiempo después, la señorita S se puso enferma con dolor de cabeza y tuvo que quedarse en cama. ¿Será posible que vuelvan el ruido y el jaleo? ¿Quién mandará callar ahora si no puede hacerlo ella? Otro día te lo contaré...



LAS GEMELAS N Y Ñ

Un día las gemelas se fueron de paseo al bosque, y persiguiendo a un pajarito se adentraron en el bosque y se perdieron. Cuando el pájaro llegó a su nido allí se quedó descansando y cuidando a sus hijitos y las gemelas decidieron volver a casa,. Cuando se dieron la vuelta se encontraron rodeadas de árboles por todos lados y sin ningún camino a la vista.

La dos se asustaron, pero, mientras una empezó a buscar el camino, la otra se puso a llorar: “ñññññ..., ñññññ...” y, mientras lloraba se le arrugaba la nariz como a los bebés; estaba tan asustada que empezó a pensar que por la noche pasaría hambre y frío y aparecerían los lobos.

Los pájaros escondían su cabeza bajo las alas; los árboles meneaban las ramas suavemente para acariciarla, pero ella seguía llorando. Su hermana empezó a sentir miedo también. Aunque llevaban mucho rato andando, seguían sin encontrar el camino y sólo veían árboles y pájaros.

Por fin la Ñ dijo que no caminaba más porque le dolían los pies, la N le dijo que mientras descansaba, ella buscaría un poco más, la Ñ seguía lloriqueando y le pidió a su hermana que no la dejara sola.

En el momento en que el Sol se ponía, vieron que algo se acercaba volando. Era una mariposa. Cuando estuvo más cerca se dieron cuenta que era la mariposa preferida de su mamá. La mariposa en vez de quedarse quieta, se detuvo en la frente de una, y luego en la nariz de la otra y empezó a volar. Esto lo repitió una y otra vez hasta que las niñas le dijeron que se fuera que era una pesada. Ella no les hizo caso y siguió con sus juegos, porque quería que la siguieran para enseñarles el camino a casa.

La mariposa, que había visto a la señora M muy preocupada llamando a sus hijas, decidió salir ella misma a buscarlas. Por el camino fue preguntando a los pájaros hasta que le dijeron dónde estaban las niñas.

Por fin se dieron cuenta de lo que pretendía la mariposa. La siguieron corriendo todo el camino y, al llegar junto a su madre las tres se abrazaron.

Nuestra Ñ cogió a la mariposa, la colocó sobre su cuello y le dijo con mucho cariño: “Quédate siempre conmigo y nunca tendré miedo de nada”.

La mariposa se sintió feliz de haberla ayudado siendo tan pequeña, y todavía más al ver que podía seguir acompañando a aquella niña buena pero miedosa, y se propuso quedarse con ella para siempre y ayudarla a ser valiente y decidida.

Desde aquel día las gemelas se diferencian por dos cosas, por la mariposa que una lleva y la otra no, y por la forma de hablar.



LA DOCTORA T

La médica más importante del hospital del País de las Letras, es la doctora T. En la mano siempre lleva un tttttermómetro y no para un momento, porque todos los que se ponen enfermos quieren que los cure la doctora T. Cuando la visitan los niños, los recibe sentada y con los brazos abiertos para darles un abrazo.

Los niños cogen el ttttttermómetro de caramelo que les da la simpática y cariñosa doctora T para que se lo pongan en la boca y sepan cuánta fiebre tienen. De ese modo se van tan contentos, deseando volver a visitarla.

En la sala de espera tiene también, ttttebeos, un ttttevisor, tttttartas de manzana o chocolate, por si tenían hambre y no habían llevado merienda, tttubos vacíos, para que jugasen a los médicos y no se aburriesen. Y tttijeras para recortar papeles de colores.

Esta doctora recetaba jarabe de fresa, de limón, de chocolate, de vainilla, y cuando se lo bebían, no sabía a jarabe, sino a batido de fresa, de limón, de vainilla... ¡Qué buena idea!, ¿verdad?

Un día la princesa I se puso enferma. Como no mejoraba y no dejaba de toser, sus papás llamaron a la consulta de la doctora T, como hacen papá y mamá cuando vosotros estáis enfermos. Cuando la princesa I se enteró se puso a llorar, no quería ir porque decía que la doctora T siempre le decía que comiera más y que tenía que tomar mucho ttttomate porque tiene muchas vitaminas, y aunque no le gustara se lo tenía que comer.

Al llegar a la consulta y ver la mesa llena ttttebeos, se puso a mirarlos y se tranquilizó. Además, su hermana, la princesa O, que quiso acompañarla para estar a su lado, le contó la historia de un niño tan pequeño como un garbanzo. La princesa I se olvidó del motivo de la visita. Pero cuando la doctora T la hizo pasar a consulta comenzó a llorar de nuevo: iiii..., iiii.

La doctora le preguntó con cariño por qué no quería visitarla y, cuando ella se lo contó, la doctora T se dirigió a un armario y sacó un hermoso ttttomate. Lo cortó con cuidado y lo colocó en un plato. Después le echó un poquito de sal y lo roció con aceite de oliva. Al principio la princesa I se resistió un poco, al final probó el tomate que la doctora le había preparado y su boca se llenó de un delicioso sabor y le pareció que el tomate con sal y aceite estaba muy rico.

“La doctora T tiene soluciones para todo”, pensó la reina A. Desde entonces la princesita I y la doctora se hicieron muy buenas amigas.



EL TESORERO D O SEÑOR DEL DINERO

En el País de las letras hay un señor encargado de guardar el dinero: el señor D.

Además de guardar el ddddddinero se encarga de acompañar a los reyes cuando van de compras, porque es el responsable de pagar.

Desde que se encargó de ese trabajo colocó el ddddddinero en una mochila y se la colgó en la espalda, igual que hacemos nosotros con las carteras. Al principio tenía dos correas para sujetarla, pero como lleva siempre mucho dinero se le ha roto una y todavía no ha tenido tiempo de arreglarla. La bolsa le cuelga hasta el trasero y le pesa mucho. Gracias a la mochila que está siempre llena de monedas pudo salvase una vez. Veréis lo que pasó:

Un día el rey le dijo:

-Ve al banco a llevar todo el ddddddinero que nos han pagado y el que hemos ahorrado, ten mucho cuidado no lo vayas a perder o te lo roben los ladrones.

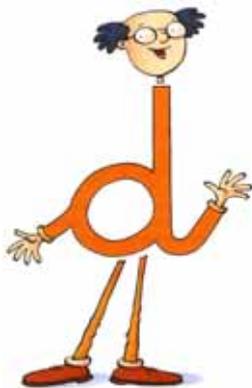
-No os preocupéis, soy muy cuidadoso y además me acompaña Timbo, el elefante del príncipe E; con él no creo que nadie se atreva a atacarme.

El señor D recogió las monedas y las metió en la mochila, bajó al jardín a buscar al elefante, que se puso muy contento porque el señor D siempre le traía dátiles, y los dos se fueron al banco. El elefante tuvo que quedarse en la calle porque no cabía por la puerta. Sólo entró el señor D con el dinero ¡Qué susto se dio cuando vio que unos ladrones estaban atracando el banco y cargando el dinero en unos sacos!

El señor D hizo como si fuese a quitarse la mochila, pero en lugar de hacerlo dio una vuelta con ella para coger impulso, y empujó con la pesada bolsa al ladrón que la esperaba. Al seguir dando la vuelta, empujó también al otro ladrón que estaba de espaldas y lo dejó sentado en un sillón, pero con la cabeza. El elefante, que lo estaba viendo todo, metió la trompa por la ventana y agarró los pies del ladrón que estaba en el sillón y lo puso en la rama de un árbol, el otro ladrón quiso escapar pensando que el elefante estaba distraído, lo cogió con la trompa por la cintura y lo metió en el camión de la basura que estaba aparcado delante del mercado. Luego el elefante lo cogió por las piernas y lo puso junto al otro en una rama más alta. Estaba sucio y lleno de basura por todas partes.

El señor D tocó un timbre de alarma y la policía vino a buscar a los ladrones para llevárselos a la cárcel. La gente gritaba: ¡Viva el señor D! ¡Viva el elefante!

Los reyes le llamaron para felicitarles y él contaba una y otra vez su aventura con los ladrones, a los príncipes les encantaba oírla.



EL JARDINERO J

En el palacio del País de las Letras había un jardín que siempre estaba lleno de flores, especialmente en primavera, que era cuando mostraban sus mejores colores, deseosas de saludar al cielo, al Sol, a los pájaros. En cambio, durante el invierno, como la nieve lo cubría todo, las flores, que son muy perezosas y huyen del frío, se quedaban arropadas debajo de la tierra.

Entre las flores hay violetas, tulipanes y también jjjjjacintos y jjjjjazmines que son los preferidos de nuestro jardinero, porque su nombre empieza igual que habla el señor J.

El señor J es jardinero porque le encantan las flores y porque su forma de hablar es jjjj... jjj... jjj, como si tuviésemos una espina clavada en la garganta. ¡Qué bien!, si nos hacemos sus amigos algún día nos regalará un ramo de rosas, claveles o lilas, que son algunas de las flores que hay en el jjjjjjjardín.

El jardinero J cuida las flores con mucho cariño y por eso están tan bonitas. Para que no pasen sed las riega poco a poco, y para que no tengan hambre, les da abono que es su comida favorita. Cuando hace frío, el jardinero J las guarda en el invernadero, que es una habitación con muchos cristales por donde entra la luz y el sol. Allí las plantas están calentitas. Cuando hace demasiado calor coloca unos toldos para que no se pongan mustias.

El señor J trabaja mucho para mantener bonito el jardín. Tiene que remover la tierra para que esté blanda y fresca; pedir a las hormigas que dejen en paz a las plantas y se vayan al bosque, y cuidar de que los mosquitos, las moscas y las cucarachas no las estropeen. También hay que limpiar las flores, quitarles las hojas secas y arrancar las malas hierbas que crecen entre ellas y las deja sin comida. Los gigantes, como les daba mucha rabia que en el País de las Letras hubiese un jardín tan bonito, ponían, en el aire frío que mandaban con sus bocas, semillas de hierbas malas y plantas venenosas para perjudicar a las flores. Vosotros tenéis que tener cuidado de no morder hojas ni plantas, no vaya a ser que alguna sea venenosa.

El jardinero J quiere mucho a la princesa I , a la princesa O y al príncipe E, pero procura vigilarlos porque a veces con sus juegos lo estropean todo y le dan mucho trabajo. Acaban poniéndole nervioso. Sobre todo el príncipe E, que le corta las rosas o sube a los árboles. Se deja caer en cualquier sitio o se esconde detrás de las mangas de riego y las enchufa y lo pone todo perdido de agua, tanto que si las flores pudieran hablar, dirían: ¡ Socorro, que me ahogo!

Pasa mucho rato charlando con los príncipes y contándoles viejas historias. Todos se sientan en el suelo y el señor J empieza a contar: "Érase una vez.."

Algunas veces los reyes bajan al jardín y se unen a la conversación. Las demás letras también acuden a charlar y todos le felicitan por lo bonito que está el jardín.



La princesa I y el jardinero J: LA Y GRIEGA (I)

Un día el rey invitó a la princesa I a enseñar el jardín a los hijos de unos amigos suyos que habían venido de visita. Ella protestó porque no le apetecía jugar con unos desconocidos. Además, esos días tenía mucha tos y mala cara. La doctora T le había recetado jarabe de limón para el catarro, pero todavía se sentía debilucha.

Amenazaba con ponerse a llorar para no tener que salir al jardín cuando el rey, que era muy listo, le dijo: "si lloras, es porque todavía no estás buena, así que tendremos que llevarte al hospital. Es mejor que salgas al jardín para tomar el sol y el aire".

La princesa accedió y bajó al jardín. De pronto un perro saltó a su lado y ella se apartó muy asustada, creyendo que quería morderla, el perro la perseguía mientras la princesa corría en dirección al castillo llamando a su papá. Al ver que el perro corría más deprisa que ella se echó a llorar y sólo respiró cuando consiguió llegar a palacio. Al oírla, acudió toda la familia y el jardinero, sofocado de tanto correr. También aparecieron los niños que estaban de visita, preocupados.

Los niños le pidieron perdón, porque el perro era suyo. Lo habían dejado en el jardín porque era muy revoltoso y podía estropear algo del palacio: "Como estaba solo, se ha alegrado mucho al vernos y quería jugar con tu ratón. Por eso ladraba y corría", le dijeron.

-¡No quiero volver a salir sola! -dijo la princesa I -. Me he llevado un buen susto y no quiero que se repita.

El jardinero J que la quería mucho, la consoló:

-No te preocupes, cuando tengas que ir sola a algún sitio, llámame y yo te acompañaré si lo necesitas.

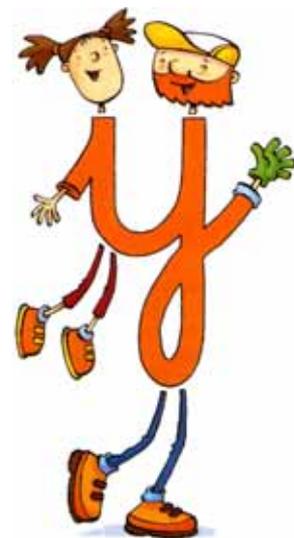
-Bueno, pero, ¿cómo te avisaré que voy a salir al jardín sola?

-Muy fácil -dijo el señor J-, mándame a tu ratón amaestrado. Cuando lo vea, sabré que me necesitas e iré a buscarte, y mientras estemos juntos le dejaremos nuestros puntos para que se entretenga jugando en el jardín.

-¡Que gran idea! Dijo la I

En efecto, de esa manera lo hicieron, y caminaban cogidos de la mano los dos juntos, pero sin sus dos puntos de adorno, más tarde descubrieron que podían hablar los dos juntos, y que parecían otro personaje distinto, pero el jardinero insistía en que hablara ella porque él se cansaba.

Cuando la princesa tenía que acompañar a las visitas, iba con ella el jardinero, y así los vemos entre otras palabras: papá y mamá; sol y luna... Cuando el señor Estudioso los vio, les dio un nombre muy raro: " y griega", porque creyó que era un personaje que había llegado de otro país.



La Y se convierte en Ye (II)

¿Recordáis la historia de la I que se junta con el jardinero?... ¿Recordáis que el señor Estudioso le puso el nombre de "i griega"?... Pues este señor, que se pasaba el día estudiando qué se podía escribir con el cuerpo de las letras, pensó que era una lástima que un cuerpo tan bonito como la " i griega" , sólo se emplease para decir I , y que además estuviese siempre sola. Dijo:

-Eso lo tengo que arreglar, debo buscarle un trabajo, voy a probar qué dice cuando está al lado de la Familia Real.

Y vio que sonaba muy bien: ya, ye, yi, yo, yu. Empezó a pensar qué palabras se podrían escribir y encontró algunas como : yema, payaso, ayuda...

EL PORTERO LL

Te voy a presentar al portero de palacio, encargado de cerrar y abrir todas las puertas. Se parece mucho a su primo el lechero L, aunque el portero LL es más gordo.

¿Sabes lo que lleva colgado del brazo? Llllllllaves, llllllllaves....

Por la mañana va muy cargado con sus llaves a abrir las cincuenta puertas del castillo. El señor LL es muy educado y siempre saluda a todo el mundo. El Sol, que es madrugador, también sonríe contento cuando ve que se levanta tan temprano como él y le envía el mejor de sus rayos a través de la ventana para saludarle.

Abrir todas las puertas le cuesta mucho esfuerzo y acaba cansado y sudoroso. Lo peor es cuando llueve, porque se moja como un pez y a él no le gusta estar mojado. Prefiere ver llover detrás de los cristales, calentito. Menos mal que su primo, el lechero L, le prepara rápidamente un vaso de leche bien caliente para que se la beba mientras se cambia de ropa.

Por la tarde, cuando el Sol se esconde detrás de los tejados y de las montañas, nuestro portero LL, vuelve a coger las llaves y a cerrar todas las puertas, para que nadie moleste a la familia real mientras duerme.

Cuando se rompen, arregla las llaves de todas las puertas, y en los ratos libres llama a su primo y fabrican paraguas.

Un día cuando fue con sus llaves preparado para abrir las puertas, oyó que alguien le decía: Vete..., vete..., vete; Se volvió y, como no vio a nadie, siguió su camino, pero otra vez volvió a oír lo mismo. El señor LL empezó a enfadarse, continuó andando y volvió a oír de nuevo muy cerca: "Vete, vete y vete, estás sordo o qué te pasa?"

Sintió un golpe en un hombro y... vio a un loro, de todos los colores que, con las alas levantadas, le quería dar otro golpe con el pico, porque creía que no le hacía caso.

Había entrado por una ventana muy alta, que no se cerraba nunca. Hablaba con tan mala educación porque se había escapado del País de los Gigantes. Menos mal que nuestro portero LL y su primo L se dedicaron a educarlo bien, y al fin consiguieron que pidiera las cosas por favor, que diese las gracias y que saludase correctamente. Se convirtió en un animal de compañía y en la admiración de todos los habitantes del país de las letras.



LA PRESUMIDA B

Ahora vamos a conocer a dos hermanos, uno de ellos es la presumida B. Siempre usa zapatos de tacón, porque le gusta parecer más alta de lo que es, más de una vez se le ha torcido el pie y lo ha tenido que llevar vendado. Además siempre lleva bbbbolso, los tiene de todos los colores, de modo que tiene uno a juego con el vestido y los zapatos.

Cuando va a la pastelería del Señor P lo que más le gusta son las cosas que empiezan como ella habla: bbbizcochos, bbbollos, bbbatidos...

Cuando va de compras quiere que todo sea bbbuenos, bbbonitos y baratos. ¡Aunque eso le gusta a todo el mundo!

Le gusta mucho el mar y suele marcharse a navegar en barco, pero ni siquiera entonces deja su bolso y sus zapatos de tacón, más de una vez se le ha enganchado el tacón en el borde del barco y casi se rompe la nariz contra el suelo, por suerte, nunca le ha pasado nada grave.

Un día se fue a navegar en barco. Iba tan arreglada como siempre, llevaba un rato navegando cuando de repente el mar empezó a enfadarse, y el viento a rizar el agua hasta formar unas olas que llevaban y traían el barco de la señorita B como si fuese un juguete. La señorita gritaba, ¡bbbbbbb! que quería decir: ¡Socorro! Pero nadie la oía.

La señorita remaba con fuerza, pero cuando conseguía acercarse a la orilla, una ola mayor la arrastraba otra vez mar adentro. De pronto vio un barco grande que se acercaba al País de las Letras y gritó pidiendo auxilio y socorro. Como no la oían, dejó los remos y se puso en pie, con el bolso les hacía señas, pero con aquellos tacones tan altos era muy difícil mantener el equilibrio, una y otra vez se caía y se volvía a levantar.

Cuando por fin la vieron y se acercaron para salvarla, a la señorita B se le enganchó uno de los tacones y al dar un tirón para sacarlo perdió el equilibrio y cayó al mar, el agua estaba helada.

Otra vez volvió a gritar, los del barco le echaron un salvavidas y ella se agarró con fuerza y poco a poco la fueron arrastrando hasta el barco. Una vez arriba y antes de darles las gracias empezó a gritar: "Mi bolso, mi bolso" como si se tratara de un amigo. Consiguieron sacar el bolso con un gancho, ella lo secó con mucho cariño y lo guardó de recuerdo.

Su hermano le regañó y ella se dio cuenta de que casi se ahoga por presumida. Prometió que en adelante llevaría zapatillas de deporte para ir a navegar y se fijaría en lo que dijese el hombre del tiempo.

A consecuencia del remojón pilló un resfriado y tuvo que quedarse en casa. Se asomaba al bbbalcón y desde allí veía trabajar a su hermano.



EL CAMARERO V

El hermano de la señorita B es más bajito que su hermana. Su forma de hablar es igual; por eso resulta muy fácil confundirlos.

Se pasa todo el día en el bar sirviendo vvvvasos de naranjada y limonada, y de leche para los niños y las niñas.

Acaba con dolor de pies y eso que usa zapatos bajos para cansarse menos y coger la bandeja con más seguridad. Como no tiene ayuda se cansa mucho y además en verano ponen la terraza y los paseos son más largos.

Tanto y tanto trabajó que la doctora le mandó ir unos días de vacaciones a un sitio tranquilo, así que la señorita B se ofreció a realizar su trabajo. Aunque presumida era muy buena hermana.

Entonces empezó el lío, el Señor Estudioso que estaba dibujando el cuerpo del camarero para poder escribir vaso, vino, viernes, vacaciones..., se quedó muy sorprendido cuando vio a la señorita B y la oyó hablar: " ¡Que raro! ¡Si habla como el camarero! ¡Si suena igualito!" Al pensar esto se le ocurrió que sería divertido poner algunas palabras con el cuerpo de esta señorita y así lo hizo.

El Señor Estudioso era muy bromista y quería ver si la gente aprendía a escribir bien cada palabra o eran unos despistados.

Se lo contó al rey U, que le dijo: "Haced lo que queráis, pero si alguien se equivoca, le diremos que es un despistado". Desde aquel día es complicado para las niñas y los niños que no prestan suficiente atención. Sólo existe un truco para que estos dos hermanos no nos confundan: consiste en observar detenidamente las palabras cuando las encontramos en los libros, y si alguna vez queréis escribir palabras que suenen "ba, be, bi, bo, bu", y no sabéis si poner a la presumida B o al camarero V, preguntádselo a alguna persona mayor., que os los dirá encantada.



LA SEÑORITA Z

Hoy vamos a conocer a una señorita elegante y graciosa. Le gusta que los niños hagan las cosas a su tiempo, jugar a la hora de jugar, comer a la hora de comer, trabajar a la hora de trabajar y dormir a la hora de dormir.

La señorita Z es la encargada de acompañar a los príncipes cuando van de paseo. En una ocasión volvió muy enfadada porque el príncipe E se subió a un árbol, se rompió los pantalones nuevos y casi se cayó cuando se rompió la rama donde había puesto el pie. La señorita Z dio un grito y se puso muy nerviosa, le regañó y luego se lo contó a sus papás, así que el príncipe tuvo que prometer que nunca más se portaría mal.

Otro día que también iban de paseo, el príncipe E y la princesa I se adelantaron y se escondieron en un campo de flores altas que les tapaba. Como la señorita Z no los veía, pensó que se habían perdido y se asustó muchísimo. Cuando por fin salieron vieron que habían pisoteado todas las flores. Pero también esta vez los perdonó.

Pero la travesura más grande la hicieron cuando los llevó al circo. Llegaron con sus palomitas, pipas y cacahuetes, muy formales y se sentaron, pero como la función tardaba en empezar no paraban de moverse, aprovecharon un descuido de la señorita Z y se escaparon y se fueron a una parte del circo que había una caja grande. La abrieron y sacaron lo que les pareció una cuerda, pero que era... ¡Una serpiente dormida! Sin embargo no se asustaron porque no sabían lo que era, empezaron a saltar con ella a la comba, y la serpiente seguía dormida, creyendo que la estaban acunando y no se despertó.

La señorita Z, al verlos, se asustó, empezó a gritar y llorar y casi se desmaya. Los niños volvieron y se sentaron en sus sillas. Sus travesuras continuaron durante las actuaciones del circo: payasos, perros amaestrados... Tiraron de la cola a un perrito y casi les muerde, pincharon al león con un palo en su jaula. Pero lo peor fue cuando vieron los elefantes. Como el príncipe tiene uno, saltó a la pista se agarró a la cola del primero y subió como si fuera un trapeceista. Luego se deslizó por la trompa como si fuera un tobogán, y quiso subir otra vez, pero como el elefante no lo conocía, se enfadó, lo cogió con la trompa y lo tiró al tanque de los patos. La princesa se acercó a ayudar a su hermano, y, ¡zas! El elefante, todavía enfadado, la mandó al lado de su hermano, llenó la trompa de serrín y se lo echó por encima. Toda la gente se reía porque pensaban que era un número del circo, menos la princesa O y la señorita Z.

La señorita Z se enfadó, cogió a cada uno de la mano y volvieron a palacio, se puso delante de los reyes y nerviosita, tartamudeando les dijo: "señores, aquí tenéis a esta pareja revoltosa y desobediente, ya podéis mandarme lo que queráis, menos que vuelva a salir con el príncipe E y la princesa I "

Desde entonces la señorita Z sólo acompaña al rey U, a la reina A, y a la princesa O.

A los reyes les pareció bien, y les dijo que de momento no irían a ningún sitio hasta que encontrara a alguien que acompañara a esa pareja.



LA ENFERMERA C

Como la señorita Z se negaba a salir con los príncipes, no había nadie que se quedara con ellos cuando salían los reyes. Al principio se quedaban con la cara triste. Pero pasaban los días y los reyes echaban de menos la alegría de sus hijos y la princesa O comenzaba a aburrirse sin sus hermanos.

El Señor Estudioso que quería dibujar el cuerpo de las letras para escribir libros, no podía formar palabras como cccena, cccine... desde que la señorita Z se había enfadado. El rey se metió en su despacho y empezó a pensar una solución, igual hizo la reina y acabaron todos los habitantes del país pensando lo que se podía hacer.

La enfermera C había nacido en una ciudad al otro lado del mar; vino al País de las Letras a estudiar para ser enfermera, pero le gustó tanto que se quedó a vivir y a trabajar en él.

Un día, al salir del hospital, la enfermera C se sorprendió al ver la cara de preocupación que tenían todos; la enfermera C se acercó a preguntarles. Cuando se enteró también ella se preocupó y empezó a pensar si no podría remediarlo. "Tengo bastante trabajo, y salgo cansada, pero algunos días no voy al hospital, y otros tengo la tarde libre. Además me gustan mucho los niños y hablo varios idiomas, así que estoy dispuesta a hacer el trabajo de la señorita "Z". Y se fue a hablar con los reyes.

Te lo agradecemos mucho, le dijo el rey, pero he de decirte que mis hijos disfrutan haciendo travesuras, aunque la verdad es que no son malos. Tendrás que tener cuidado para que no les pase nada ni molesten a nadie y no estropeen los jardines.

El rey se fue muy contento a contárselo a su familia, y la princesa I y el príncipe E saltaron de alegría cuando se enteraron.

La primera vez que fue la enfermera C a buscarlos se llevaron un susto que casi se caen por la ventana. Como iba vestida de enfermera, se pensaron que iba a ponerles una inyección, así que corrieron y se metieron debajo de la cama.

La enfermera se lo explicó todo, que no le había dado tiempo de cambiarse porque se le hacía tarde para llevarlos al campo a buscar cccerezas, que estaban rojas y apetitosas. Salieron de debajo de la cama y le dieron la mano a la enfermera C.

Ya en el campo, el príncipe y la princesa jugaron tranquilos. Al regresar a casa llevaban un gran cesto lleno de ccccccerezas para sus papás. A la enfermera le dieron las gracias y un gran abrazo. Ella les dijo que le había gustado mucho el paseo que habían dado y que otro día los llevaría a cccccenar y al cccccine con permiso de sus papás.

Tenemos que tener cuidado de no confundir a la señorita Z con la enfermera C, porque la señorita Z no sale nunca con la princesa I ni el príncipe E.



EL PAYASO R (I)

Hoy vamos a conocer a un personaje del circo que llegó al País de las Letras. Es un personaje divertido, alegre, con un gorro puntiagudo, una gran nariz redonda y enormes zapatos.....el payaso.

Este payaso es muy ruidoso y disfruta imitando el ruido de las motos de carreras rrrr, rrrrr, rrrr. Lo que más le gusta de su traje es su gorro lleno de estrellas y no se lo quita ni cuando descansa.

Os voy a contar cómo el payaso R se quedó a vivir en el País de las Letras: El mago Catapún, que es el rey de los gigantes, siempre está tramando fechorías, y mandó a los gigantes con sacos llenos de ratas para que las soltasen por la noche en el País de las Letras. Cuando nuestros amigos se levantaron se las encontraron por todos lados: en la cocina, en el colegio, en la pastelería, encima de las camas de la reina, del rey y de las princesas, que salieron corriendo y gritando espantados. Hasta en los zapatos había ratones. ¡No sabían que hacer!

Los reyes empezaron a pensar, como siempre que había problemas, y decidieron pedir ayuda a todos los habitantes del País de las Letras. Las letras se reunieron en asamblea y cada una fue aportando ideas para acabar con aquella invasión. Entre todas las que dijeron destacó la que propuso el payaso R, que quería acabar con los ratones que llenaban el circo y ponían nerviosos a los elefantes y furiosos a los leones y hacían que los perros ladrasen sin cesar. Se acordó del cuento de "El flautista de Hamelín" pero como el payaso no tenía flauta mágica como el flautista, decidió emplear queso para acabar con los ratones.

Cogió un cesto lleno de queso y lo fue repartiendo por el suelo del circo, los ratones atraídos por el olor acudieron rápidamente. El payaso esperó a que acabaran de comérselo y luego fue echando trocitos de queso por el suelo hasta llegar a la calle. Los ratones le seguían y pronto empezaron a acudir de todas las casas hasta que éstas se quedaron sin ratones. Después se dirigieron al campo y al llegar al río el payaso echó en éste trocitos de queso, y los ratones que sólo miraban el queso no se dieron cuenta del agua y zas...al agua, y los arrastró la corriente camino del mar.

La gente del País de las Letras gritaba ¡Viva el payaso R! Y lo llevaron a hombros hasta el palacio real.

Los Reyes estaban felices y le dijeron: Pídenos lo que quieras que te mereces un premio.

El payaso R contestó:

- Señores, dadme una casita con jardín, y mi hermano y yo nos quedaremos a vivir en vuestro país.

Los reyes aceptaron encantados y le preguntaron qué trabajo quería hacer y el respondió que le gustaría ser el encargado del garaje de palacio, porque le encantaba el ruido de los coches. El rey accedió y lo nombró encargado general de todos los garajes del reino y, además, jefe de protección contra las ratas.

Un día el rey fue a verlo para saber si estaba contento. ¡Que susto se dio al oír aquel ruido insoportable!, no se entendían ni hablando a gritos.

El Payaso R le preguntó si algún día podría ir a palacio a visitarle y si el Señor Estudioso podía dibujar su cuerpo para escribir libros. El rey U le dijo que ya lo hablarían cuando hubiera menos ruido.

EL rey lo pensó mucho y cuando el payaso R fue a visitarlo le dijo: De acuerdo, vendrás con nosotros, pero cuando estés entre dos personas de mi familia, no podrás gritar.

- ¿Pero nunca podré gritar rrrrrrr...?

- Bueno, cuando hables el primero y no vayas entre dos personas de mi familia.

- Bien, procuraré acordarme.

- Espero que así sea –contestó el rey U.

Como el payaso no quería disgustar al rey, pensó que si llamaba a su hermano, que era muy forzudo de tanta gimnasia como hacía, a lo mejor era más fácil, ya que como los dos sonaban igual, aunque hablaran bajito, al hacerlo los dos a la vez harían ruido suficiente, pero el rey no les podría regañar.

El payaso R fue a buscar a su hermano para contarle su plan, y lo convenció para que lo acompañase en el próximo paseo con la familia real. ¿Qué pasará?... Pronto lo sabremos.



EL PASAYO R Y SU HERMANO EL ATLETA R (II)

¿Os acordáis de lo que le dijeron los reyes al payaso R que debía hacer cuando los acompañase a ellos y a su familia? Claro, tenía que gritar fuerte haciendo ruido de moto si era el primero que hablaba, pero debía hablar suave si iba entre dos personas de la Familia Real.

¿Os acordáis que el payaso quería gritar algunas veces con fuerza y de que se fue a buscar a su hermano para que le ayudase?

Su hermano no era tan ruidoso y no quería ir con él, pero el payaso R se puso tan triste y le dijo tantas cosas que al final tuvo que decir:

-Vamos a probar, pero si sale mal, no quiero saber nada.

-Eres un gran hermano, verás que bien lo pasamos.

Al ir de paseo, primero se colocaron entre la reina A y la princesa O. Antes se oía *aro*, pero ahora, al colocarse también su hermano, y hablar los dos juntos, dijeron *arro*; de esta forma, *pero* se convirtió en *perro*; y *caro* en *carro*. "¡Qué raro!", pensó el Señor Estudioso cuando se puso a escribir palabras y algunas le sonaban mal: *oro* era *orro*, por ejemplo.

-¿Ves qué lío hemos armado? Dijo el hermano forzudo.

-No os preocupéis -los tranquilizó el señor Estudioso-, porque he resuelto un problema que, desde que los reyes habían ordenado no hacer ruido, creía imposible de solucionar....Ya puedo escribir *perro*, *carro*, *porra*, *arroz*, aunque hay otras palabras que suenan mal....Voy a ver cómo lo arreglo. Para que todo fuera bien habló con los dos hermanos y los convenció de que algunas veces pasearan los dos juntos con los reyes y los príncipes, y otras, el payaso R solo, y así lo hicieron...

Cuando los veamos juntos, haremos ruido fuerte, pero cuando R esté solo entre las dos personas de la Familia Real, lo haremos suavemente, para que los reyes no se enfaden con nosotros. ¿De acuerdo?



EL BOMERO F

Una vez hubo un incendio en el País de las Letras y se quemaron muchos árboles y algunas casas. Costó un enorme esfuerzo apagarlo, porque había que sacar el agua de un pozo o cogerla del río y después llevarla en cubos. Aunque todos acudieron a apagar el fuego no lo habrían conseguido si no llega a ser porque empezó una gran tormenta con un fuerte chaparrón.

¡Qué alegría cuando empezó a llover! Los niños y las niñas, para que siguiese lloviendo, cantaban la canción de la lluvia que todos conocemos.

La reina y el rey estaban muy preocupados pensando lo que podría pasar si había otro incendio y la lluvia no llegaba. Se quedarían sin nada. Así que comenzaron a pensar en posibles soluciones.

Los reyes llamaron a la periodista K y le dijeron:

- Queremos que visites varios países y hagas un reportaje explicando qué hacen sus habitantes cuando tienen un incendio. En cuanto lo averigües, vuelve rápidamente a contárnoslo.

Así lo hizo y al cabo de algún tiempo volvió con varias ideas. Cuando se las fue contando a los reyes, éstos se pusieron muy contentos porque vieron que eran realmente buenas.

- Señores -dijo la K-, hay un país donde no dejan encender fuego en el bosque. En otro no dejan fumar, porque la gente, al tirar los cigarrillos encendidos, pueden provocar un fuego. En otro prohíben tirar cristales rotos en el campo, porque el sol los calienta mucho y sus reflejo puede hacer que las cosas cercanas prendan como si fueran cerillas. En otro no dejan tirar las basuras, porque también se incendian con facilidad. Y hay uno, que es el que más me ha gustado, que tiene unas personas muy preparadas para apagar los incendios. No sacan el agua de los pozos ni los ríos. Abren un grifo, enchufan una manguera larga, larga y por allí llega el agua hasta el lugar del incendio. Además tienen unas escaleras altísimas para salvar a la gente que se ha quedado dentro de una casa incendiada.

- Nosotros vamos a tomar todas esas medidas de precaución al mismo tiempo - dijeron la reina y el rey.

Los reyes mandaron una carta a todos los súbditos prohibiendo hacer fuego, tirar cristales, basuras y papeles, jugar con el fuego niñas y niños,... y el que no lo cumpliera tendría que pagar una multa.

Preguntaron quién quería ser bombero, y un señor muy alto, el más alto de todos, fue elegido jefe de los bomberos. Este señor era F, a quién luego, como lo hacía tan bien y apagaba todos los incendios, le llamaron el señor del Fuego. Decían que el fuego le obedecía y que, en cuanto lo veía, se marchaba corriendo o se apagaba, temeroso de la ducha fría que le enviaba el señor F.

El señor F es un buen amigo del jardinero J, pues gracias a él tiene dominado el fuego dentro de una estufa, y cuando hace frío, sus plantas y flores están calentitas y no se mueren ni enferman.

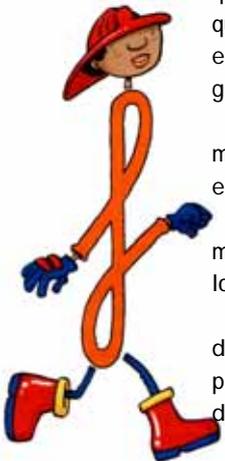
Un día el príncipe cogió una caja de cerillas de sus papás y se escondió con la princesa I en la caseta del jardinero.

El príncipe quería encender cerillas, porque pensaba que era divertido, aunque vosotros sabéis que es muy muy peligroso. Al hacerlo se quemó y soltó la cerilla, que fue a caer en un cubo de papeles que se prendieron. Intentó apagarlo con una escoba, pero tiró el cubo al suelo y lo que consiguió fue empeorar las cosas. Se fue prendiendo todo lo que allí había y al poco tiempo, estaban rodeados de un gran fuego del que no podían escapar, y empezaron a gritar.....

Antes de oírlos, el jardinero J y el bombero F vieron el resplandor, corrieron a preparar las mangueras. Empezaron a echar agua con rapidez, pero el fuego se había hecho muy grande y tardaron en apagarlo.

Cuando se dieron cuenta de que los príncipes estaban dentro, el señor F no se lo pensó, se mojó mucho, le pidió al jardinero que le siguiera echando agua. Cogió una manta bien mojada para envolver a los niños y saltó dentro del fuego. Por fin consiguió rescatarlos.

La gente acudió al ver el incendio y ayudaron a apagarlo, los reyes abrazaron a sus hijos y no les dijeron nada porque estaban asustadísimos. Cuando se calmaron hablaron de lo que había pasado y prometieron no volver a jugar con fuego ni acercarse a la cocina, donde se guisa la comida. Acordaos de esta aventura y nunca hagáis lo que hemos dicho que puede causar un incendio.



LA MUDITA H

Hoy vamos a contar un cuento un poco triste. Bueno, es muy triste al principio, aunque ya te aviso de que, al final, la amiga que hoy vamos a conocer fue feliz. Es feliz todavía. Verás.

Todos los habitantes del País de las Letras sabían que era peligroso caminar hacia la izquierda porque allí se encontraban los temibles gigantes. Los papás y las mamás advertían a sus hijos de los peligros que podían correr si no respetaban esa orden del rey y cada vez que salían de casa les recordaban la dirección hacia la que debían caminar. Pero sucedió que un día la pequeña H había estado jugando con sus amigos cerca del riachuelo hasta que el Sol se ocultó tras las montañas. Cuando los niños volvieron a casa, lo hicieron hacia el lado correcto haciendo caso de los consejos de sus papás antes de salir.

Pero aquél día, a la H nadie pudo recordarle nada, porque su papá y su mamá habían estado de viaje. Así que a la hora de regresar a casa, después de pasar todo el día pescando en el río y divirtiéndose, empezó a soplar un fuerte viento y a llover con gran intensidad. Con las prisas por refugiarse no se dio cuenta y se dirigió hacia los árboles que estaban a la izquierda del camino.

El mago Catapún, que la había visto refugiarse entre los árboles del País de los Gigantes, aprovechó la oportunidad para fastidiarla. Decidió mandarle un viento más fuerte y más frío, que la arrastró y la empujó contra un árbol; se dio tal golpe que quedó tendida sobre la hierba cayéndole la lluvia encima. Allí estuvo hasta que pasó el elefante del príncipe E, que solía acercarse al bosque cada vez que tenía apetito. Al verla así, la cogió con su trompa, se la colocó encima de su cuerpo con mucho cuidado y la llevó al hospital.

Allí se ocuparon de curarla, pero se había enfriado tanto que no consiguió recuperar la voz. No podía decir nada; se quedó muda.

Su nombre es un poco raro, pero como sois tan listos, no se os olvidará: es la hache.

Pasaron los días y la H se aburría por no poder hablar ni cantar. Veía que el Señor Estudioso dibujaba el cuerpo de todas sus compañeras y a ella nunca la llamaba; se enfadó, se puso triste y por fin decidió ir a ver a los reyes. Por señas y con dibujos les explicó que ella quería ser como las demás letras y formar parte también de las palabras. Los reyes empezaron a pensar una solución y llamaron al Señor Estudioso para que él también pensara; unos días después, éste les dijo:

- Puede acompañar a algunas palabras en las que la Familia Real comienza a hablar, y otras veces podemos colocarla en el medio, pero sólo de adorno.

La reina pensó que había que decidir muy bien cuándo aparecería, porque, como era muda, la gente podría olvidarse de ella con facilidad:

- En las palabras en las que el Señor Estudioso diga que va a ir la H, tendrá que ponerse siempre y no se podrá olvidar.

Por eso los niños y las niñas tendrán que preguntar a sus maestros y a sus padres qué palabras se escriben con H y recordarlas siempre.

¡No sabéis lo contenta que se puso la H cuando le explicaron la solución!

No la olvidéis o la H se pondrá triste otra vez.



LA ENFERMERA C CUIDA DE LA H MUDA

Cuando los reyes le dijeron a la H que podría acompañarlos algunas veces y además que casi siempre sería la primera, ella se sintió importante. Y también se sintió feliz por comenzar palabras tan bonitas como: hielo, helado, huevo, hijo, hermoso, hierba, hoja, hermana...

No estaba contenta del todo y a veces pensaba: "Si pudiera hablar, ¡qué feliz sería!".

Los reyes intentaron convencerla de lo importante que era, explicándole que si alguien escribía las palabras donde ella debía ir sin ponerla, todo el mundo le llamaría despistado. Pero la H no se quedaba muy convencida.

Un día, sin que nadie lo esperase, se solucionó el problema por casualidad. Había estado en la calle pasando mucho calor, y por la tarde, cuando ya el Sol se estaba marchando a descansar y la Luna había empezado su trabajo, la H bebió un vaso de naranjada muy fría para quitarse la sed, con tan mala suerte que cogió un buen catarro. Toda la noche estuvo tosiendo, y al día siguiente hubo que llamar a la enfermera C, porque tenía mucha fiebre.

La enfermera pasó todo el día cuidándola sin poder ir de paseo con los príncipes. Le controlaba la fiebre y le daba jarabe hasta que se mejoró... Pero, como la H casi no había comido, se quedó muy pálida y con muy pocas fuerzas. La doctora T le recetó que saliera a tomar el sol y el aire para ponerse fuerte, La enfermera C la acompañaba y la llevaba del brazo. Iban calladas las dos ¿Cómo iban a hablar?

De pronto, justo cuando pasaban por delante del señor Estudioso, la H estornudó: "Chissss..., chissss", cada vez con más fuerza. El señor Estudioso se volvió y se quedó sorprendido. ¡Esa letra no la había visto ni oído nunca!... No se dio cuenta de que no era una letra, sino dos: la C y la H. Se puso muy contento y pidió: "Hágalo otra vez..., por favor...hable otra vez del mismo modo.." Nuestras amigas estaban asombradas: ¡Si ellas no habían dicho ni pío! Entonces la letra muda estornudó otra vez": chissss... chisss..."

-Eso, eso -palmoteó el Señor Estudioso-, ya tengo la letra que buscaba; quieta que la dibujo... ¡Ya está! Gracias señorita CH. Ya puedo escribir chico, chaqueta, chocolate, y muchas más.

El Señor Estudioso se fue corriendo, y nuestras amigas se quedaron riendo al ver que no se había dado cuenta de que eran dos letras juntas.

Así fue como la H muda pudo hablar y colocarse en muchas palabras igual que las demás letras. Y desde entonces, es la más feliz de todas. ¡Ah! Cuando quiere hacer ruido, no espera a constiparse, porque ha aprendido a estornudar sin tener catarro.

Recordad que si vemos a la mudita sola, no hablará; pero si va acompañada de la enfermera C, hará el ruido del estornudo.

Todavía no termina la historia de la enfermera C. Aún solucionó un problema muy difícil. Otro día lo contaremos.



LA PERIODISTA K

En el País de las Letras había una chica inquieta y curiosa que siempre estaba deseosa de saber cosas nuevas. Era la periodista K siempre en busca de las noticias que se produjeran en el campo, en la ciudad, en los ríos en las montañas o fuera de su país, por lo que solía viajar con frecuencia. Donde se producía la noticia, allí iba la periodista cargada con su ordenador portátil. Le encantaba ir a esquiar a la montaña, al río grande a pescar peces o a las fiestas de los pueblos cercanos para ver cómo se divertía la gente, aprender sus bailes y hacerles fotografías que coleccionaba luego en un álbum.

También era la encargada de acompañar a la Familia Real y escribir las noticias que sobre ellos se producían. Cuando la periodista estaba en el palacio con el rey y su familia, se podía escuchar los sonidos ka, ke, ki, ko, ku.

Pero sucedió que, como la Familia Real apenas realizaba viajes, la periodista pidió permiso a los reyes para que le permitieran visitar otros países y así poder conocer cómo vivían, cómo eran sus colegios, cómo arreglaban sus jardines y otras cosas interesantes. Sería de gran ayuda aprender cosas de otros lugares para así poder hacer mejoras en el País de las Letras y que todos pudieran vivir mejor.

A los reyes les pareció una idea estupenda, porque en otros países había cosas que no se conocían en el suyo, como el agua en casa sin necesidad de ir al río a buscarla, y luz cuando se hacía de noche para, así, evitar los choques. Le dieron permiso sin darse cuenta de que, si se marchaba la señorita K, no podrían decirse las palabras que llevan los sonidos ka, ke, ki, ko, ku.

La señorita K se fue al día siguiente y pronto empezaron los problemas. El Señor Estudioso llegó preguntando por ella para poder dibujar su cuerpo. Nada, no estaba. No podía seguir su trabajo porque resultaba muy raro escribir: " mamá toma el .ollar" o "vamos a la .ama niños" o "Sancho Panza y Don .uijote"

¿Cómo se solucionará esta situación? Pronto lo sabremos.



LA PERIODISTA K Y LOS SONIDOS Ca, Co, Cu

El rey y la reina tuvieron que enfrentarse con un nuevo problema. Así que se encerraron a pensar y pensar para encontrar una solución entre los dos. Llevaban varios días encerrados y se estaban quedando pálidos de no salir ni a tomar el sol, así que la princesa O les sugirió que salieran al jardín para ver si el aire libre les refrescaba las ideas.

-¡Gran idea!, -dijo el rey, y así lo hicieron.

Al rato pasó por allí la enfermera C, que regresaba del hospital, y se detuvo a saludar a los reyes.

-Buenas tardes, ¿estáis trabajando?

-Hola enfermera C, estamos dándole vueltas a un problema...

-Si puedo ayudaros....-Se ofreció ella.

-Será difícil, pero os lo contaremos por si acaso -dijeron los reyes-, y le contaron que desde que se había ido la periodista K, el Señor Estudioso estaba muy enfadado.

Como siempre la enfermera C se mostró deseosa de ayudar a sus afligidos reyes y, por fin, se le ocurrió cómo solucionar la mitad del problema.

-Como sé hablar de varias formas, puedo decir "ca..., co..., cu..."; sin embargo no tengo suficiente energía para decir " ke..., ki...", porque cuando voy con vuestros hijos E e I, estoy tan pendiente de ellos sustituyendo a la señorita Z que sólo digo "ce..., ci...".

-Bueno, dijo la reina, mientras pensamos algo mejor veremos si el Señor Estudioso se conforma

El Señor Estudioso dijo que estaba bien, que ya podía seguir con su trabajo y esperaba dibujar pronto al personaje que dijera "ke..., ki...". ¿Quién será? ¿Cómo será su cuerpo? ¡Cuánto cuidado tendremos para no confundirnos, después de todo el trabajo y preocupaciones que les ha costado a los reyes!

Mientras tanto y cada cierto tiempo, la periodista K volvía a su país para enseñarles cómo se apagaban los incendios, cómo evitar los choques entre coches, los atropellos... Los días que estaba de visita decía algunas palabras un poco raras aprendidas en los países que visitaba, como: kaki..., kimono..., kilo..., moka.

Otro día conoceremos a los personajes que van a tener tan poquito trabajo: sólo decir "ke..., ki..." ¿Quién será?



EL TRAPECISTA Q

Cuando el circo estuvo en el País de las letras hubo un accidente, uno de los trapeceistas, cuando estaba haciendo un ejercicio muy difícil sobre el trapecio más alto se mareó y cayó al suelo entre los gritos de toda la gente. Al principio creyeron que se había matado, pero no fue así. Lo llevaron rápidamente al hospital y allí lo curaron. Pero se quedó cojo y ya no pudo trabajar más como trapeceista.

Aunque ya no trabajaba en el circo, todo el mundo seguía llamándole el Trapeceista. Era una persona muy alegre, siempre cantaba y le entusiasmaba que todo el mundo estuviese contento. Cuando el circo se fue, el trapeceista Q decidió quedarse en este país donde todos se habían portado tan bien con él.

El rey U le dijo que podía vivir en palacio y ser su secretario, porque era muy listo. Cuando se cansaba se iba a la cocina a ayudar un rato. Le gustaba hacer bizcochos. ¿Que si sabía? ¡Vaya si sabía! El trapeceista Q preparaba unos bizcochos tan deliciosos que hasta el panadero P le pidió que fuese su ayudante en la pastelería. Pero a nuestro amigo Q le gustaba vivir en el palacio porque allí podía comer todo el queso que quería, pues tenía permiso para bajar a la despensa real y probar todos los tipos de queso que allí había: duros, blandos, pequeños, grandes, amarillos, blancos, quesitos..., etc. y podía comer del que más le gustase.

Un día preparó el bizcocho preferido de la reina A y se quedó asombradísimo cuando lo devolvieron a la cocina sin que nadie lo hubiese probado.

-¿Qué pasa?-Preguntó alarmado

-Todos están preocupados por un grave problema y nadie tiene apetito. Todos están tristes, nadie habla ni ríe -le dijeron.

Se asomó por detrás de unas cortinas y vio a la familia Real sentada en sus sillas, con los codos apoyados sobre la mesa mirando de reojo a la reina A y al rey U, que no se daban cuenta de nada. Sólo el travieso príncipe E tiraba miguitas de pan a la princesa O y daba golpes por debajo de la mesa a la princesa I.

-¡Esto no puede ser! ¡Que alguien me cuente cuál es el problema que preocupa tanto a los reyes como para que no les apetezca probar mi bizcocho! -dijo nuestro amigo Q.

Se lo contaron y decidió ir a hablar con los reyes.

-¿Qué puedo hacer yo? -preguntó.

-¿Tú?... ¿Qué vas a hacer tú...? ¿Puedes acompañar a esta pareja de revoltosos y decir con ellos "ke...,ki...?"

-¡Claro que puedo! Esa es mi forma de hablar, y no creo que me canse mucho -respondió.

-Acabarías agotado si tuvieras que seguir a esta pareja en sus juegos, porque son muy revoltosos y no paran un momento -dijo el rey U.

-¿No podríais hacer que fuesen más formales cuando viniesen conmigo? - preguntó Q.

El rey se quedó pensativo y dijo contento:

-¡Ya lo tengo! Yo os acompañaré. Me colocaré en medio e iré leyendo tranquilamente el periódico, sin decir nada. No creo que se atrevan a portarse mal.

Así lo hicieron. Se colocaron el trapeceista Q, luego el rey U y, al final, una vez el príncipe E y otra la princesa I. Mirad cómo iban: "Que...qui".

El trapeceista sabía contar unos cuentos fantásticos, y como a los príncipes les encantaba escuchar sus historias, se portaban muy bien.

¡Qué contento estaba el trapeceista Q! Había ayudado al rey U y tenía unos amigos estupendos; además, todos volvían a estar contentos, a alabar su talento de narrador, y a comer sus ricos bizcochos.

Esperemos que con éste se acaben los problemas para que siempre sean felices. Pero me parece que todavía queda alguno más. Otro día lo sabremos.



LA BIBLIOTECARIA G CON SU GUSANO Y SU GATO

Ya estamos terminando de conocer a los personajes del País de la Letras.

Uno de ellos tiene mucho trabajo y, además, lo hace de tres formas distintas; pero no creáis que es porque sabe varios idiomas como la enfermera C. Es porque los diablillos de I y E, con sus travesuras, le obligan a gritar aunque le duela la garganta. Voy a presentárosla.

La bibliotecaria G, es una gran aficionada a dar largos paseos por el campo. Cuando su trabajo en la biblioteca se lo permite, sale con su educado gato.

Un día de invierno que lucía el Sol, se colocó su bufanda al cuello, se enfundó su ggggorro, sujetó a su gato con un cordón y con su libro debajo del brazo salió de su casa camino del campo.

Pasearon mucho rato, y, por fin, soltó al gato y se sentó en la hierba, mientras leía su libro preferido.

El gato empezó a jugar con todo lo que se encontraba: hojas secas, palitos, caracoles...; a estos les empujaba como si fuesen pelotas. Por fin se puso a jugar con algo que le hacía dar vueltas y vueltas.

La señorita G se reía viéndolo, aunque no sabía lo que perseguía con tanto empeño.

El Sol fue escondiéndose y el gato, cansado, se sentó sin dejar de mirarse la punta de su cola. De pronto, ésta se encendió como una bombilla ¡Qué susto se dio la señorita G! ¡Creyó que se le había prendido fuego!

El gato no se quejó, pero siguió dando vueltas y más vueltas su dueña le quitó... aquello que daba luz como una bombilla y que era nada más y nada menos que un gggggusanito de luz o luciérnaga.

El gusanito saltó otra vez de la mano de la señorita G a la cola del gato y de allí se marchó para colocarse entre los ojos. ¡Qué risa! ¡Parecía que tenía tres! Luego se puso en la boca, era como si llevara una linterna.

Así, mirando los saltos del gusano no se daba cuenta de que seguía sentada y se estaba enfriando.

Cuando llegó a casa, le dolía muchísimo la garganta y casi no podía hablar. Al día siguiente, la doctora T le dijo que se había enfriado tanto que no podría volver a gritar como antes. No le importó mucho porque había conocido a un nuevo amigo: el gusano de luz. Cuando iba a una fiesta se lo ponía en el pelo y nadie sabía que era aquel adorno tan precioso.

Otro día, persiguiendo al gato, que iba con el gusano en dirección al País de los Gigantes, gritó para llamarlos y despertó al mago Catapún, que les envió su aire helado. Otra vez le dolió mucho la garganta y de nuevo la doctora le dijo que la veía muy enferma y que ya no debía gritar nunca o se pondría peor.

Cuando los reyes la contrataron para que cuidase de los niños y les contase preciosas historias, pensó que no tendría problemas con la A, la U y la O, pero con la E y la I no la podrían dejar sola. Con lo traviosos que eran le harían gritar mucho y enfermaría de nuevo. Como eran muy comprensivos, el rey le dijo:

- Irás sola cuando acompañes a la reina, a la princesa O y a mí. Pero cuando tengas que estar con el príncipe E o con la princesa I, yo estaré con vosotros. Me colocaré en medio leyendo el periódico y no diré nada; si van conmigo, no se atreverán a hacer travesuras y podrás hablar sin gritar.



LA SEÑORITA G SE PONE DE MAL GENIO: los sonidos Ge-Gi

Muy bien. Os dije que os contaría lo que pasó un día que el rey U se despistó. Bueno, no se despistó. Es que él no creía que sus hijos fuesen tan requetetraviesos.

Salieron camino de la biblioteca, igual que otros días, y él se colocó en medio, como siempre, para que se portasen bien. Aquel día no le habían llevado el periódico a palacio así que al pasar por un quiosco, dejó solos a los príncipes con la señorita G.

No hizo nada más que desaparecer el rey U por la esquina, cuando el príncipe E ya estaba subiéndose al primer árbol que encontró en su camino y, sujeto a una rama, intentaba coger un nido de pájaros que huyeron a toda velocidad para esconderse entre las flores. El príncipe E bajó y empezó a perseguirlos. Quería un pájaro costase lo que costase.

La bibliotecaria G se asustó y, aunque le dolía la garganta, dio un grito: ¡Geee!, ¡geeee!

Aún le estaba gritando al príncipe E cuando vio a la princesa I con los pies metidos en el río y saltando como una loca ¡Que catarro iba a coger! Otro grito: ¡Giiii!, ¡giiiiii!

Cuando los príncipes vieron que regresaba el rey U volvieron muy formalitos como si no hubieran hecho nada.

El rey preguntó, y, como siempre decían la verdad, confesaron que se habían portado mal y que la señorita G había tenido que gritar muy fuerte.

Cuando le preguntó si era verdad, ya no pudo hablar. Se le había puesto la garganta peor.

El rey tuvo que regañar una vez más a sus hijos.

El Señor Estudioso que dibujaba el cuerpo de las letras y anotaba cómo hablaban dibujó: Ge..., je..., gi..., ji..., y se dio cuenta que, cuando la señorita g tenía que gritar al príncipe E y a la princesa I hablaba igual que el jardinero J. Así que dijo:

-¡Vaya lío que me voy a armar! Unas palabras las escribiré de una forma y otras de otra.

Hasta que seáis mayores, siempre que tengáis que escribir palabras como jefe, general, jinete, gemelo, tendréis que preguntar a vuestro profesor o a vuestras familias cómo se escriben, si con el jardinero J o con la bibliotecaria G.



LA E Y LA I SE ABURREN: Los sonidos Güe-Güi (III)

No creáis que los príncipes se portaron siempre bien con la señorita G. ¡Qué va! Otro día le dieron un susto aún mayor que el primero.

Cuando estaban en el jardín esperando al rey, que les iba a acompañar como siempre el príncipe E, acompañado de la princesa I, fueron a buscar al elefante. Estuvieron un rato jugando con él, y no se les ocurrió otra cosa que ponerle en la trompa su erizo y la iguana de su hermana. ¡Qué carrera emprendió el elefante! Y es que, aunque es muy grandote, tiene mucho miedo a los animales pequeños que se le pueden meter por la trompa.

Así que con los príncipes, el erizo y la iguana salió corriendo. Llegó cerca de la bibliotecaria G, que estaba de espaldas, la cogió con la trompa y la sentó junto a los dos pequeños animales. Al volverse muerta de miedo, vio que también iban sentados el príncipe E y la princesa I. Dio gritos: ¡Geeeeeeee, giiiiiii...! ¡Parad al elefante! ¡Nos vamos a matar!

En cuanto el elefante se agotó, se paró en seco y cayeron todos rodando uno detrás de otro. A cada uno le salió un hermoso chichón, menos al gusano que estaba tan tranquilo durmiendo debajo del gorro de la señorita G.

El rey U llegó justo en el momento que caían todos rodando. Se disculpó con la bibliotecaria G, cogió a los diablillos de sus hijos y les dio una buena regañina, porque ya estaba cansado de tantas travesuras. ¡Como siguieran así, un día les iba a pasar algo gordo!

-¡Nunca os dejaré solos con la bibliotecaria G! -dijo-. Otra vez está afónica.

Salieron de paseo y todos iban muy serios: la señorita G, el rey U, el príncipe E y la princesa I. Nadie decía nada; los mayores tenían las caras muy serias.

A los niños se les había olvidado ya la travesura, y no entendían por qué tenían que poner esas caras que casi daban miedo. Iban muy serios y estaban muy aburridos.

Se pusieron a recoger piedrecitas del paseo del jardín y, despacito, sin que se dieran cuenta los mayores, empezaron a echárselas uno a otro.

Al principio eran pequeñas y lo hacían muy despacio. Pero enseguida se fueron animando y se las echaban cada vez más grandes, más deprisa y con más fuerza. Al final acabaron lanzándolas a lo alto para que cayeran como lluvia.

Primero las tiraban poco altas y sólo caían encima de ellos. Como eran pequeñas no les hacía daño. Luego las echaban cada vez más altas.

De pronto tiraron muy alto gran cantidad de piedras bastante gordas. Como hicieron ruido, miró hacia arriba el rey U, miró la señorita G y miraron los príncipes E e I. ¡Qué susto! Todos gritaron, incluido el rey, aunque cuando iba con ellos nunca hablaba, porque veía que las piedras más gordas iban a caer encima de él: ¡Güe, güi! Se oyó tan alto que los pájaros volaron asustados. La señorita G, afónica, sólo pudo decir "gggg", aunque también gritó.

El Señor Estudioso se frotó las manos de contento. ¡Ya tenía los sonidos que le faltaban! Ahora podía decir: cigüeña..., paraguaitas..., agüita..., etc. Y así los dibujó con las piedrecitas encima del rey U

¡Pero que complicado lo estaba poniendo este señor!

-Nada de complicado, -dice él-. Cuando veamos las piedrecitas, hablan todos. Si no hay piedrecitas, el rey U se calla. Si no va el rey, grita la G por las travesuras de la E y la I. Sólo hay que fijarse.

El mago Catapún, que se alegra tanto de que se equivoquen los niños, disfruta mucho con estos personajes que hablan de varias formas, porque los niños despistados siempre se equivocan. Así que tened mucho cuidado.



LA PEQUEÑA X, HERMANA DE LA S

Cuando todavía no se había marchado el circo empezó la feria: toboganes, caballitos, autos de choque, el tren de la bruja y todas esas diversiones que a vosotros os gustan tanto.. Además había churrerías, tómbolas, casetas de tiro, de rifas y qué sé yo cuantas cosas más.

Así que el ruido en el país de las letras era terrible.

¿Creéis que la señorita S podía conseguir que hubiera silencio en algún momento?... ¡Qué va! Cuando callaban por un lado, empezaban los ruidos por el otro. Ella estaba cansadísima de decir: "Ssssss.....sssss, los reyes se van a enfadar". Pero todo seguía igual.

El rey U se hartó de tanto ruido y de escuchar todo el día los altavoces gritando: "Pasen, señores, pasen...", y muy enfadado mandó llamar a la señorita S.

-¡Esto parece el país de los locos!- dijo el rey U muy enfadado-. No hay quien resista tanto alboroto. No podemos dormir, ni siquiera con tapones en los oídos. Si no conseguimos silencio, mandaré que se vayan todos del país.

-Señor -dijo la S-, los niños se pondrían muy tristes si la feria tuviera que irse. A ellos les encanta la música y las diversiones. Todos están felices hoy, también sus padres al verlos contentos. ¡No los echéis fuera!

-¿Qué podemos hacer?... Yo no lo resisto, ni los enfermos tampoco -dijo el rey U.

-Podríais buscarme una ayuda.

-¿Quién? -preguntó el rey U.

-Tengo una hermana pequeña que habla casi, casi igual que yo. Además es muy mandona y le encantaría pasarse el día en la feria exigiendo silencio.

-Trae a tu hermana y preséntamela.

Fue a buscarla y la pequeña X se presentó ante el rey. Así habló cuando el rey se lo ordenó: "Xxxxxxxx..., xxxxxx..., xxxxx". Sonaba un poco más raro que la "sssss..., ssssss..., ssssss", pero el rey dijo:

-Bueno, está bien. Que te ayude.

Probaron una por cada lado de la feria. ¿Creéis que consiguen hacer callar a los alborotadores?... ¡Ni hablar!... El ruido siguió sin parar. pero no daba resultado.

De nuevo las llamó el rey U, porque estaban todos cansados y enfadados. No sabían qué hacer. El Señor Estudioso, que estaba preparado para dibujar el cuerpo de la pequeña X, dio la solución:

-Poned unos altavoces más grandes que los de la feria, uno a cada lado. La S y la X, sentadas tranquilamente y con un micrófono. Así se les escuchará mejor, parecerá que son muchas las personas que vigilan; se oirá muy bien y tendremos silencio.

Y así lo hicieron. De pronto, en medio del ruido de la feria se pudo escuchar: "Sssss..., ssssss..., xxxxxx..., xxxxxx".

Y todo se quedó en silencio. Hasta la familia real se asomó por la ventana para ver si la feria seguía allí. Creían que se habían quedado sordos.

La pequeña X fue la encargada de explicar que no se podía hacer tanto ruido a todas horas, porque había personas que necesitaban silencio para trabajar o para descansar. Y todo fue muy bien, así que la pequeña X se quedaba de encargada cuando su hermana tenía otras cosas que hacer.



EL MARINERO W

Un día, el panadero P, la señora de la montaña M y sus dos hijas, N y Ñ, decidieron ir de excursión. Estaban de vacaciones y decidieron pasar unos días de vacaciones junto al mar. Prepararon todo lo necesario sin olvidarse de los bañadores y las toallas, ni de la tienda de campaña. Con mucho cuidado colocaron las maletas sobre un precioso burrito que habían comprado, manso, fuerte y juguetón. Felices, emprendieron la marcha deseosos de llegar y disfrutar del Sol y de la playa.

El viaje resultó muy agradable, las niñas corrían delante de sus padres y como pronto se sintieron cansadas, tuvieron que montar en el burrito, que meneó las orejas y el rabo mostrando su contento.

Cuando estaban llegando, vieron una casita pequeña, hecha de madera, rodeada de un huerto. Allí vivía alguien que ellos no conocían. Se miraron muy extrañados. ¿Quién podría ser?

Siguieron andando y, al dar la vuelta al camino, vieron un barco, bastante grande, anclado en el agua y por la playa algunas redes de pescar.

Al lado de la casa había una persona sentada tranquilamente... ¡Parecía el camarero V dando el brazo a otro camarero igualito que él! ¡Qué raro! ¿Tendría un hermano que ellos no conocían?

Se acercaron, el señor desconocido se levantó, y todos se saludaron con amabilidad. El extraño personaje - pues era uno solo- les contestó: "uuueee..., uuueee...", que quería decir: "¡Cuánto me alegro de verlos! Estaba muy aburrido y pensaba en marcharme a mi país".

Así comprendieron por qué no lo conocían.

Les contó que era marinero y pescador, que un día sintió la necesidad de conocer otros lugares y emprendió un viaje que le había llevado hasta allí. Le gustó el paisaje, la paz y la tranquilidad de ese lugar y decidió quedarse durante algún tiempo.

Construyó la casa e hizo un huerto donde cultivaba lechugas, berzas, acelgas, tomates, pimientos, calabazas, pepinos, fresas, melones y sandías.

El panadero P y su familia estaban entusiasmados con su nuevo amigo que les invitó a pasar unos días juntos. Durante esos días aprendieron a conocer a los dos países, cómo eran sus gentes, cómo hablaban, qué costumbres tenían, qué canciones, etc. Se hicieron grandes amigos. En señal de agradecimiento, la señora de la montaña M animó al marinero W a visitar su ciudad. Así, el marinero pudo conocer a todos los habitantes del País de las Letras, incluso a los reyes, que se interesaron mucho por todo lo que les contó: La vida de los pescadores y de los marineros, tan dura y peligrosa cuando estallaban las tormentas en el mar, los días que debían estar alejados de sus familias, la alegría de la vuelta, la hermosura de los peces sacados en las redes, brillando bajo el sol...

Al Señor Estudioso le pareció emocionante lo que contaba, la forma de su cuerpo y el sonido de su voz, así que decidió dibujarlo y colocarlo en las palabras que él mismo le había enseñado.

En realidad nosotros lo utilizamos muy poco, pero en otros países lo emplean mucho por eso debemos conocerlo.

